

11.

Del ecologismo político de Girardi a la ecología integral de "Laudato si"

Jorge Antonio
Balladares Burgos

DOI: https://doi.org/10.64092/XTPO8571

11.1. Fundamentos del ecologismo político y de la ecología integral

Hoy en día, la reflexión ecológica va más allá de la ciencia, siendo crucial ética, política y culturalmente. La encíclica Laudato si' del Papa Francisco plantea una ecología integral, conectando lo ambiental, social y económico, invitando a repensar la relación entre humanos y naturaleza desde la justicia y solidaridad. La ecología integral se vincula con derechos humanos, equidad social y sostenibilidad ambiental, proponiendo cambiar cómo vivimos, producimos y consumimos, en lugar de ser un tema aparte.

Este enfoque se complementa con los estudios de Giulio Girardi (1926-2012), filósofo, pedagogo y teólogo de la liberación, quien recalca que los problemas ecológicos no se entienden sin la civilización occidental ni la economía global. Para Girardi, la ecología no es neutral, sino que se relaciona con conflictos ideológicos, desigualdades sociales y explotación de los pueblos del Sur. Así, defender la naturaleza y los pueblos indígenas es un reto ético y político clave, y su práctica inspira alternativas ecológicas y sociales hacia la sostenibilidad y autodeterminación.

La ecología integral, según el Papa Francisco, implica reconocer que todo está conectado: el deterioro ambiental, la pobreza, la injusticia social y la pérdida de valores espirituales deben abordarse juntos. Este enfoque resalta que la crisis ecológica es más que un problema técnico; es un síntoma de un modelo de desarrollo que prioriza la competencia, la productividad y el consumo excesivo sobre la armonía con la naturaleza y el bienestar humano (Laudato Si, 2015).

Desde esta perspectiva, los hábitos de consumo sostenible son acciones esenciales. Reducir el uso de plásticos desechables, priorizar productos locales y de temporada, reutilizar y reciclar materiales, evitar el desperdicio de alimentos y optar por transportes sostenibles son pasos concretos que cada persona puede tomar. Sin embargo, la ecología integral va más allá de la acción individual, requiriendo políticas públicas, programas educativos y redes de cooperación comunitaria que impulsen la responsabilidad intergeneracional y el respeto por la casa común.

La conexión entre la justicia social y la protección del medio ambiente es fundamental en la ecología integral. Francisco (2015) destaca que los más vulnerables, como los pueblos indígenas y las comunidades pobres, sufren más por el deterioro ambiental. Por ello,

proteger la naturaleza implica proteger los derechos y la dignidad humana, fortaleciendo la cohesión social y promoviendo un desarrollo sostenible que incluya a todos (Sachs, 2015).

Siguiendo la línea de pensamiento de *Laudato si'*, Giulio Girardi plantea que la ecología está intrínsecamente ligada a una evaluación crítica del entramado económico mundial. La sociedad occidental, cimentada en el capital y el consumismo, ha desencadenado un desastre ecológico que impacta tanto a la naturaleza como a las sociedades humanas, sobre todo a los pueblos originarios. Girardi (1977, 2014) destaca una relación entre la ruina del medio ambiente y la aniquilación de culturas: la degradación de los ecosistemas y la imposición de estrategias extractivistas provocan migraciones obligadas, pérdida de independencia y riesgos para la subsistencia física y cultural de las comunidades nativas.

Girardi propone la idea de racismo ambiental para explicar cómo las empresas transnacionales, las entidades financieras internacionales y las naciones desarrolladas acaparan las ganancias económicas al tiempo que transfieren los costos ambientales y sociales a los territorios del Sur. Esta situación no solo atenta contra los derechos humanos y ambientales, sino que perpetúa un esquema de disparidad global que justifica la depredación de recursos y la explotación de los más desprotegidos. En este contexto, la protección del medio ambiente se transforma en un acto de justicia social y de oposición política.

Este capítulo propone una reflexión sobre la relación entre ecología y religión, tomando como punto de partida dos enfoques distintos sobre la ecología: el ecologismo político y la ecología integral. Su objetivo principal es llevar a cabo un estudio comparativo entre estos dos enfoques, identificando tanto los puntos en común como las divergencias existentes.

11.2. El ecologismo político en el pensamiento de Giulio Girardi

Un aporte central de Girardi a la reflexión sobre ecología integral es la praxis liberadora de los pueblos indígenas. Estas comunidades poseen un conocimiento profundo sobre el funcionamiento de los ecosistemas, derivado de siglos de convivencia armónica con la naturaleza. Su cosmovisión considera a la tierra como un ente vivo, una Madre Tierra que sustenta la vida de todos los seres y exige un respeto que trasciende la noción utilitarista de recursos naturales. Los pueblos indígenas concientizados evidencian la relación entre ecocidio y genocidio, mostrando que la destrucción del medio ambiente y la de las comunidades originarias son procesos interrelacionados. La pérdida de territorios, la contaminación y la explotación extractiva afectan directamente su supervivencia física y cultural. Por ello, su lucha por la defensa de la naturaleza no se limita a la preservación ambiental, sino que se orienta hacia la autodeterminación solidaria y la construcción de alternativas políticas, económicas y culturales que rompan con la lógica del gran capital y el extractivismo (Girardi, 1977).

La cosmovisión indígena se caracteriza por una visión policéntrica y comunitaria, en la que la vida y la convivencia humana se inspiran en la espiritualidad y el respeto a todos los seres. La relación entre hombres, mujeres, animales, plantas y elementos naturales se basa en principios de solidaridad, reciprocidad y armonía. Esta perspectiva ofrece un contrapunto al antropocentrismo y al individualismo occidental, proponiendo un modelo de desarrollo que integra lo social, lo ecológico y lo espiritual, en coherencia con la ecología integral de Laudato si'.

La cosmovisión indígena es inseparable de la dimensión religiosa y espiritual para Girardi. A diferencia de la secularización predominante en la cultura occidental,

las comunidades originarias conciben la unidad de todos los seres como un principio fundamental, donde la naturaleza, los humanos y lo divino se encuentran intrínsecamente conectados. Esta experiencia de unidad inspira relaciones basadas en el respeto y la armonía, y sostiene la resistencia cultural frente a siglos de colonización, evangelización coercitiva y políticas de homogeneización (Girardi, 2014).

El rescate de religiones originarias y prácticas espirituales representa un acto de autodeterminación y resistencia. Entrevistar a ancianos, preservar tradiciones, rituales, lugares sagrados y saberes sobre la biodiversidad constituye una forma de reafirmar la identidad cultural y fortalecer la capacidad de acción colectiva. El sincretismo religioso, por su parte, evidencia la capacidad de los pueblos indígenas de integrar elementos externos sin perder la esencia de su cosmovisión, convirtiendo la religión en un instrumento de resiliencia y cohesión social (Girardi, 1996).

El movimiento indígena, negro y popular, según Girardi, se configura como un actor clave en la construcción de alternativas ecológicas y políticas frente al "ecogenocidio". La defensa de los recursos naturales, la soberanía sobre los territorios y la preservación de la biodiversidad no pueden concebirse sin la participación activa de las comunidades afectadas, cuya experiencia y conocimiento local resultan indispensables para diseñar modelos sostenibles y equitativos.

La autodeterminación solidaria implica que los pueblos gestionen sus recursos de manera armónica, promoviendo la educación, la investigación sobre biodiversidad, el desarrollo de tecnologías apropiadas y la articulación de programas comunitarios de desarrollo social. Asimismo, la lucha por la justicia ambiental se vincula con la defensa de la democracia y los derechos humanos, estableciendo un modelo de

sociedad basado en la equidad, la transparencia y la cooperación (Girardi, 1997).

Para Girardi la problemática ecológica no es neutra ni marginal, sino que constituye un ámbito central de confrontación social, económica y cultural. En su análisis, la crisis ambiental está estrechamente ligada a la lógica capitalista global, la cual subordina la naturaleza a la acumulación de capital y a la rentabilidad de las transnacionales. De este modo, Girardi desmantela las visiones "tecnocráticas" de la ecología, que buscan soluciones parciales sin cuestionar los fundamentos del sistema económico dominante.

Uno de los aportes centrales es la noción de ecocidio, entendida como la destrucción sistemática de la naturaleza causada por las dinámicas de explotación del capital (Girardi, 1994). Este concepto adquiere un carácter político al vincularse con el genocidio, en tanto ambos procesos implican la aniquilación de pueblos y culturas enteras, especialmente los indígenas de Abya Yala. Girardi afirma que existe una convergencia entre la devastación ambiental y la violencia histórica ejercida sobre los pueblos originarios, dando lugar a lo que denomina ecogenocidio.

La reflexión de Girardi se fundamenta en el reconocimiento del lugar epistémico y político de los pueblos indígenas. Estos colectivos no solo son víctimas directas de la expoliación de sus territorios, sino que además representan sujetos históricos con propuestas alternativas a la civilización capitalista. Su cosmovisión, basada en el respeto y la reciprocidad con la naturaleza, ofrece principios éticos y culturales que permiten repensar la relación entre humanidad y medio ambiente desde una perspectiva comunitaria y solidaria.

Asimismo, Girardi critica el papel de las instituciones internacionales y los gobiernos del Norte, los cuales, en complicidad con las corporaciones transnacionales,

perpetúan un modelo de racismo ecológico. Este término expresa la forma en que la degradación ambiental recae de manera desproporcionada sobre los pueblos del Sur, quienes cargan con las consecuencias de un sistema económico del que apenas se benefician. La deuda ecológica, planteada en contraposición a la deuda externa, se convierte así en una categoría clave para visibilizar la injusticia global.

El autor también subraya que la lucha ecológica no puede desligarse de la lucha por la democracia. La imposibilidad de los pueblos para controlar sus territorios y recursos refleja un déficit estructural de autodeterminación política y económica. En este sentido, Girardi propone el derecho a la autodeterminación solidaria, un principio que combina la defensa de la naturaleza con la emancipación de los pueblos oprimidos, y que apunta a una alternativa ecológica, política y cultural a la civilización occidental (Girardi, 1996).

Desde una dimensión ética, Girardi cuestiona la ideología occidental sustentada en el individualismo, el economicismo liberal y el militarismo, los cuales legitiman la explotación de la naturaleza y la subordinación de pueblos considerados "atrasados". Frente a esta lógica, la cosmovisión indígena se presenta como un paradigma alternativo, policéntrico y comunitario, que reconoce la dignidad intrínseca de todos los seres vivos y promueve la solidaridad intergeneracional.

El análisis de Girardi adquiere una dimensión profética al denunciar que la continuidad de la lógica capitalista conduce inexorablemente a la destrucción de la vida en el planeta. No obstante, también es esperanzador, pues identifica en los pueblos indígenas, junto a otros sectores populares, a los sujetos colectivos capaces de articular un proyecto alternativo. Este proyecto se funda en la reapropiación de la tierra, en la economía

comunitaria y en la construcción de relaciones interculturales basadas en la justicia y el respeto mutuo.

El ecologismo político, finalmente, es una apuesta por una alianza global de los pueblos para enfrentar el "ecogenocidio" y construir una civilización diferente (Girardi, 1994). La propuesta de Girardi no es simplemente ambiental, sino integral: vincula lo ecológico, lo social, lo político y lo espiritual en un horizonte de transformación histórica. Así, la defensa de la Madre Tierra y la autodeterminación de los pueblos aparecen como ejes inseparables de un nuevo paradigma civilizatorio.

11.3. Ecologismo político, educación liberadora y refundación de la esperanza

El ecologismo político se configura como una alternativa crítica frente a la mercantilización de la naturaleza y la subordinación de los ecosistemas a la lógica del capital. Lejos de reducir la ecología a un conjunto de prácticas técnicas o a un mercado de "productos verdes", Girardi (2005) enfatiza que se trata de un campo profundamente ideológico y político, atravesado por luchas sociales, desigualdades y contradicciones estructurales. Este enfoque demanda un análisis integral que vincule la defensa ambiental con la justicia social y los derechos de los pueblos, estableciendo así un marco conceptual que trasciende la perspectiva tecnocrática.

La propuesta del ecologismo político no puede entenderse sin considerar la autodeterminación solidaria de los pueblos. Girardi sostiene que únicamente el protagonismo popular; particularmente de comunidades indígenas, campesinas y sectores históricamente marginados, puede garantizar una sostenibilidad ecológica que esté intrínsecamente unida a la sostenibilidad social. En este sentido, la ecología se erige como un proyecto civilizatorio alternativo, que supera el ámbito técnico para

constituirse en una apuesta ética, cultural y política orientada a la transformación social.

Uno de los aportes más significativos de Girardi (2004) radica en la articulación entre la crítica al neoliberalismo y la refundación de la esperanza. Frente al discurso dominante que presenta el capitalismo como un "fin de la historia", el ecologismo político despliega espacios de resistencia, evidenciando que existen posibilidades concretas para construir otros mundos. La esperanza, en este marco, no se concibe como una ilusión ingenua, sino como un horizonte histórico que orienta la acción colectiva hacia la justicia, la dignidad y la preservación de la vida (Fernández y Jara, 2013).

La refundación de la esperanza se fundamenta en la capacidad ética y política de los pueblos oprimidos para imaginar y concretar alternativas. No se trata de delegar en élites ilustradas la resolución de la crisis socioambiental, sino de reconocer el potencial transformador de los sujetos populares, capaces de articular su experiencia histórica con proyectos de vida en armonía con la naturaleza. De este modo, la esperanza se convierte en un motor de praxis que sostiene la construcción de un ecologismo político integral (Girardi, 2004).

En este contexto, la educación popular liberadora desempeña un papel estratégico. Girardi plantea que solo mediante procesos formativos orientados al fortalecimiento de la conciencia crítica, el protagonismo político y la organización comunitaria será posible avanzar hacia un modelo de ecología integral y emancipadora. La pedagogía crítica se constituye así en un instrumento privilegiado para sembrar la esperanza y consolidar una práctica ecopolítica con raíces sociales profundas (Fernández y Jara, 2013).

El ecologismo político también implica confrontar las estructuras de poder global. Se denuncia la hegemonía de organismos financieros internacionales,

corporaciones transnacionales y gobiernos que sostienen el modelo extractivista, al tiempo que se reivindican los derechos de los pueblos a controlar sus territorios y recursos. Esta confrontación posee una dimensión cultural esencial, ya que promueve el rescate de cosmovisiones alternativas frente a la ideología dominante del mercado, vinculando la ecología con la revalorización de saberes ancestrales y prácticas comunitarias.

La refundación de la esperanza, por tanto, no constituye una tarea meramente discursiva, sino una praxis concreta alimentada por luchas locales y globales. Girardi subraya que las transformaciones posibles en un territorio pueden irradiar efectos de alcance global, siempre que se articulen con organización, solidaridad y ética de la responsabilidad histórica. La esperanza se configura así como un motor de acción política capaz de contrarrestar el fatalismo y abrir horizontes inéditos de emancipación (Fernández y Jara, 2013).

El ecologismo político y la refundación de la esperanza convergen en una utopía histórica fecunda. Lejos de constituir un sueño inalcanzable, la utopía se presenta como fuerza movilizadora que inspira proyectos de transformación civilizatoria, fundamentados en la justicia, la solidaridad y el cuidado de la casa común. En este marco, la ecología no se limita a la defensa ambiental, sino que se constituye en una clave para la refundación de la esperanza y la construcción de una nueva historia protagonizada por los pueblos.

11.4. La ecología integral en Laudato si'

La humanidad enfrenta una crisis ambiental y social sin paralelo, marcada por acontecimientos que amenazan la viabilidad de la vida en nuestro planeta. El calentamiento global, el deterioro de los ecosistemas, la disminución de la diversidad biológica, la polución del aire y el agua, junto con la explotación excesiva de

los recursos naturales, son reflejos de un modelo de desarrollo que ha priorizado el crecimiento económico sin límites en detrimento de la equidad social y la sostenibilidad ambiental (Martínez Alier, 2019). En este contexto, varias voces desde la ciencia, la filosofía, la política y la teología han coincidido en la urgencia de replantear la forma en que las sociedades contemporáneas interactúan con la naturaleza.

En este contexto de discusión, la encíclica Laudato Si' emitida por el Papa Francisco en 2015 ha emergido como un documento de influencia global, no solo en el ámbito de la Iglesia católica, sino también en los círculos académicos, políticos y sociales. Se ha establecido como un símbolo clave en la política internacional relacionada con la protección del medio ambiente. Su contribución principal radica en el desarrollo del concepto de una ecología integral, que se entiende como un marco que entrelaza de manera inseparable las dimensiones ambiental, social, cultural, económica y espiritual de la vida humana. No se limita a ser solo una propuesta religiosa; la ecología integral realiza un llamado universal que convoca a todos los sectores de la sociedad a asumir la responsabilidad por el cuidado de nuestra "casa común".

La fortaleza de este enfoque se basa en la premisa de que todo está interconectado. Por lo tanto, los problemas ambientales no pueden ser examinados de forma aislada, sino que deben considerarse en vinculación con las injusticias sociales, las dinámicas económicas a nivel global y las crisis culturales que impactan a la humanidad. En este contexto, la ecología integral sugiere un cambio radical de perspectiva que va más allá del reduccionismo tecnocrático y la apatía consumista, llamando a una transformación personal, comunitaria y estructural enfocada en el bienestar común (Boff, 2017).

El concepto de ecología integral encuentra su origen en un contexto de creciente preocupación por los

impactos negativos del modelo de desarrollo moderno. Desde mediados del siglo XX, distintos pensadores y movimientos sociales comenzaron a advertir sobre los límites de un sistema económico basado en el extractivismo y en el consumo ilimitado de recursos. El informe del Club de Roma (Meadows et al., 1972) ya señalaba la insostenibilidad de un modelo que ignoraba la capacidad de regeneración de la naturaleza. Posteriormente, corrientes del ecologismo social y del ambientalismo político pusieron en el centro del debate la necesidad de vincular la justicia social con la justicia ecológica (Martínez Alier, 2019).

En América Latina, la reflexión sobre el vínculo entre naturaleza y sociedad adquirió un matiz particular a través de las propuestas de la teología de la liberación y del pensamiento crítico latinoamericano (Girardi, 2004). Autores como Leonardo Boff (2017) insistieron en que el clamor de la Tierra y el clamor de los pobres son inseparables. En la misma línea, Gudynas (2016) desarrolló la noción de derechos de la naturaleza, subrayando que la ética biocéntrica debía superar la visión antropocéntrica que ha dominado la modernidad. Estas reflexiones contribuyeron a configurar un marco conceptual en el que la ecología ya no se entendía únicamente como una disciplina científica dedicada al estudio de los ecosistemas, sino como un horizonte ético, político y espiritual que abarca la totalidad de la vida humana y no humana.

La noción de ecología integral que propone el Papa Francisco se nutre de este contexto de debates. Su originalidad radica en integrar las preocupaciones sociales, culturales y espirituales con los análisis ambientales, ofreciendo un marco holístico que dialoga tanto con la tradición cristiana como con los aportes de la ciencia contemporánea. Como señalan León y Rueda (2019), Laudato Si' constituye un esfuerzo interdisciplinario que conecta la doctrina social de la Iglesia con las agendas globales de sostenibilidad

(Sachs, 2015), lo cual explica su impacto más allá del ámbito estrictamente religioso.

En este contexto, la ecología integral se manifiesta como un concepto que aspira a ir más allá de los dualismos existentes. No se limita a la conservación del entorno como un elemento ajeno, ni se reduce a la defensa de intereses humanos a corto plazo en cuestiones ecológicas. En lugar de eso, implica aceptar la profunda interconexión entre las personas, la comunidad, la economía y el entorno. Esta perspectiva se basa en una comprensión relacional del planeta, en la que tanto las decisiones individuales como las colectivas impactan de manera global y donde la ética del cuidado se establece como un principio esencial para la convivencia.

La encíclica Laudato Si', publicada en 2015, constituye un hito en la reflexión contemporánea sobre la crisis socioambiental. Inspirada en el cántico de San Francisco de Asís, el documento articula una crítica al modelo tecnocrático dominante y una propuesta positiva basada en la ecología integral. Según la encíclica, la Tierra es nuestra "casa común", y cuidarla implica atender a todas las dimensiones de la vida humana y planetaria. Uno de los principios centrales del documento es la afirmación de que "todo está conectado" (Francisco 2015). Esta idea, que atraviesa toda la encíclica, expresa la necesidad de comprender los problemas ambientales en su relación con las estructuras económicas, políticas, culturales y espirituales. La deforestación, la contaminación o el cambio climático no son fenómenos aislados, sino consecuencias de un sistema que ha roto los equilibrios fundamentales de la vida. De ahí que el Papa insista en la importancia de restaurar diversos tipos de equilibrio: personal, social, ecológico y espiritual (Francisco, 2015).

El concepto de casa común es clave para entender la propuesta de Francisco. La etimología de ecología,

proveniente del griego *oikos* (que significa casa) y *logos* (que significa estudio), muestra que el cuidado ambiental no puede limitarse a una gestión técnica de recursos, sino que debe abordarse como una tarea ética y cultural que afecta a todo el entramado de relaciones humanas (Latourelle, 2018).

En este sentido, la ecología integral plantea una ampliación del horizonte ecológico, que incluye no solo las interacciones entre los ecosistemas, sino también las formas de organización social, los modelos económicos, las culturas y las espiritualidades. La encíclica describe la ecología integral en varias dimensiones. La primera de ellas es la ambiental, que pone de relieve la necesidad de preservar los bienes comunes como el agua, el aire y la biodiversidad, fundamentales para la vida de todos los seres. A esta se suma la dimensión social y económica, que subraya la conexión entre la degradación ambiental y la injusticia social. Los pobres son quienes más sufren las consecuencias de la crisis ecológica, aunque hayan contribuido menos a generarla. De ahí la insistencia en una justicia que sea simultáneamente social y ambiental (Gudynas, 2016).

Otra dimensión es la cultural y educativa, orientada a transformar los hábitos y valores que sostienen la lógica consumista. La encíclica señala la importancia de la educación ambiental, el diálogo intergeneracional y la participación comunitaria como medios para generar un cambio sostenible (Caride y Meira, 1998). Finalmente, se encuentra la dimensión espiritual, que invita a vivir una relación de gratitud, contemplación y cuidado con la creación. Para el Papa, el compromiso ecológico no se reduce a estrategias técnicas, sino que requiere una conversión interior capaz de alimentar estilos de vida coherentes con la sostenibilidad (Albán y Chiriboga, 2020).

De hecho, la ecología integral se introduce en Laudato Si' como una oferta innovadora que conecta ciencia,

moral y espiritualidad. No es simplemente un añadido a las discusiones sobre el medio ambiente, sino un modelo diferente que anima a reconsiderar cómo se estructuran y deciden las sociedades. Así, la encíclica ha sido recibida no solo en entornos religiosos, sino también en foros globales, instituciones educativas y movimientos sociales que buscan rutas hacia un futuro más equitativo y sostenible (León y Rueda, 2019).

La iniciativa de ecología integral presentada en Laudato Si' va más allá de solo identificar la crisis ambiental actual; pretende conectar varias dimensiones entrelazadas que faciliten entender la complejidad del problema. Cada una de estas dimensiones destaca un elemento esencial de la existencia humana y del planeta, evidenciando que la sostenibilidad requiere un enfoque holístico.

La primera dimensión es la estrictamente ecológica, que reconoce la importancia de preservar los sistemas naturales que sustentan la vida. El Papa Francisco (2015) recuerda que los bienes comunes como el agua, el aire limpio, los bosques o los océanos son patrimonio de toda la humanidad y deben ser gestionados con criterios de equidad intergeneracional. Esta visión se alinea con los planteamientos de la ciencia ecológica, que advierte sobre los límites planetarios y la necesidad de mantener los equilibrios ecosistémicos (Rockström et al., 2009). La degradación ambiental, sin embargo, no es un fenómeno abstracto: se traduce en sequías, inundaciones, pérdida de biodiversidad y desplazamientos humanos forzados. Como señalan Boff (2017); y Latourelle (2018) cuidar la naturaleza implica reconocerla no solo como recurso útil, sino como un bien en sí mismo, dotado de un valor intrínseco. Desde esta perspectiva, la ecología integral se distancia del utilitarismo ambiental y propone una ética del cuidado que contemple la sacralidad de la creación.

La segunda dimensión se refiere a la estrecha conexión entre degradación ambiental y desigualdad social. Francisco (2015) sostiene que los más pobres son quienes sufren de manera desproporcionada las consecuencias del deterioro ecológico, aunque hayan contribuido muy poco a generarlo. La contaminación de fuentes de agua, la deforestación y el cambio climático afectan especialmente a comunidades vulnerables en África, Asia y América Latina, donde la resiliencia frente a desastres naturales es menor (Martínez Alier, 2019). En este sentido, la ecología integral demanda una justicia ambiental que atienda a los sectores más desfavorecidos. Gudynas (2016) ha insistido en que los derechos de la naturaleza deben articularse con los derechos de los pueblos, especialmente de las comunidades indígenas y campesinas, quienes conservan prácticas ancestrales de cuidado de los ecosistemas. La equidad social, por tanto, no es un añadido al discurso ambiental, sino una condición de posibilidad para una sostenibilidad real.

La tercera dimensión es la económica, que cuestiona los paradigmas dominantes del crecimiento ilimitado y la tecnocracia. Laudato Si' (Francisco, 2015) critica la lógica del mercado autorregulado que convierte todo en mercancía y que mide el bienestar únicamente en términos de productividad y consumo. Frente a este modelo, la ecología integral propone un sistema económico orientado al bien común, que considere los costos sociales y ambientales de la producción y que promueva alternativas como la economía solidaria, el comercio justo y el consumo responsable (Albán y Chiriboga, 2020). Este planteamiento se conecta con la crítica del decrecimiento formulada en Europa (Latouche, 2009) y con las propuestas de buen vivir en América Latina, que conciben el desarrollo no como acumulación material, sino como equilibrio armónico entre personas, comunidades y naturaleza (Gudynas, 2016).

La cuarta dimensión se centra en la cultura y la educación. Francisco (2015) subraya que la crisis ecológica no podrá resolverse únicamente con cambios técnicos o políticos, sino que requiere una transformación cultural profunda. Esto implica revisar valores, hábitos de consumo, estilos de vida y concepciones del progreso. La educación ambiental, el diálogo intercultural y la formación en ciudadanía ecológica son pilares fundamentales de esta tarea (Latourelle, 2018). En este sentido, la ecología integral apuesta por un cambio de mentalidad que parta de la conciencia de interdependencia. La educación, tanto formal como comunitaria, tiene la responsabilidad de formar sujetos capaces de integrar la ética del cuidado en sus decisiones cotidianas, desde el manejo de residuos hasta la participación política (Jonas, 1995).

Finalmente, la dimensión espiritual constituye un aporte original de Laudato Si'. El Papa Francisco invita a una "conversión ecológica" que permita vivir la relación con la creación desde la gratitud, la contemplación y la solidaridad. Este llamado trasciende la pertenencia confesional, pues se orienta a una espiritualidad ecológica abierta al diálogo interreligioso y al encuentro con diversas tradiciones de sabiduría (Boff, 2017). La espiritualidad ecológica no es evasión, sino motor de compromiso. Al reconocer la creación como don y herencia común, los individuos se sienten llamados a asumir una responsabilidad activa frente a su cuidado. Esta dimensión espiritual complementa las demás, recordando que el cambio no se limita a estructuras externas, sino que requiere también una

El ecologismo político, planteado por Giulio Girardi, junto con la ecología integral, formulada por el magisterio de Francisco y varios autores actuales, representan dos enfoques que intentan abordar la crisis socioambiental actual. Ambos modelos coinciden en que es fundamental dejar de lado visiones fragmentadas y tecnológicas, subrayando que la crisis ecológica está estrechamente conectada

con aspectos éticos, sociales, culturales y políticos. No obstante, cada uno proviene de contextos diferentes y presenta énfasis únicos: el primero surge de una crítica profunda al capitalismo y se relaciona con los pueblos indígenas, mientras que el segundo se desarrolla dentro del pensamiento social cristiano, con un enfoque universal y pastoral.

En el planteamiento de Girardi, el ecologismo político se funda en la denuncia del capitalismo como motor principal del ecocidio y del genocidio. Estos procesos, lejos de ser fenómenos aislados, se presentan como dinámicas convergentes que desembocan en lo que el autor denomina ecogenocidio: la devastación simultánea de la naturaleza y la aniquilación de culturas originarias. La ecología integral, por su parte, promueve una ética del cuidado que reconoce la interdependencia de toda forma de vida y la responsabilidad intergeneracional de preservar la Tierra como legado para el futuro (Francisco, 2015; Jonas, 1995). Aunque no formula una crítica explícita al capitalismo como sistema, sí cuestiona la lógica consumista y tecnocrática que sostiene los actuales patrones de desarrollo.

Desde la perspectiva social, ambos enfoques resaltan la conexión íntima entre la justicia social y la justicia ambiental. Girardi define esta relación mediante los conceptos de racismo ambiental y deuda ecológica, indicando cómo las comunidades del Sur global cargan con el peso de la crisis ecológica provocada por las naciones industrializadas. La ecología integral, siguiendo una línea similar, subraya que los grupos más desfavorecidos son quienes padecen con mayor intensidad las repercusiones de la degradación del medio ambiente. Así, ambos modelos coinciden en que asegurar un acceso justo a recursos esenciales como el agua potable, la energía sostenible y un entorno sano es una cuestión ética y política fundamental (Martínez Alier, 2019).

En el ámbito político, se observa una divergencia relevante. Para Girardi, la autodeterminación solidaria de los pueblos constituye un principio ineludible para resistir al ecogenocidio y avanzar hacia un modelo alternativo policéntrico y comunitario. Su propuesta interpela las estructuras globales de dominación y sitúa a los pueblos indígenas y populares como actores centrales de una nueva civilización. En contraste, la ecología integral subraya la necesidad de transformar las estructuras de gobernanza mediante políticas públicas orientadas a la transición energética, la agricultura sostenible y la economía circular, así como mediante acuerdos internacionales jurídicamente vinculantes (Francisco, 2015; Gudynas, 2016). Aunque ambas visiones reconocen la urgencia de cambios estructurales, difieren en su estrategia: la primera adopta un enfoque confrontativo, mientras que la segunda opta por el fortalecimiento de consensos institucionales.

En el plano cultural y espiritual se encuentra un terreno de encuentro significativo. Girardi identifica en las cosmovisiones indígenas un horizonte alternativo que rescata valores como la reciprocidad, la comunidad y la sacralidad de la naturaleza. Francisco, por su parte, propone una conversión cultural y espiritual que conduzca a la sobriedad, la solidaridad y la gratitud ante la creación. Ambos coinciden en que el consumismo, el individualismo y la indiferencia constituyen las raíces culturales de la crisis ecológica, aunque divergen en el lenguaje y en los referentes espirituales empleados: Girardi enfatiza la sabiduría ancestral de los pueblos originarios, mientras que Francisco se apoya en la tradición judeocristiana y en un horizonte universalista (Boff, 2017).

Las proyecciones de ambos enfoques también revelan matices. Girardi favorece una coalición mundial de los pueblos subyugados que combine la protección de la Tierra con la liberación política y cultural contra el capitalismo (Pérez, 2016). Por otro

lado, la ecología integral extiende su impacto en áreas como la educación, la economía y la colaboración internacional, fomentando modos de vida moderados, la economía circular y la implicación ciudadana en las decisiones medioambientales (Gudynas, 2016; Latouche, 2009). Mientras que el ecologismo político hace hincapié en la resistencia y la creación de alternativas a un sistema capitalista, la ecología integral se define como un enfoque interdisciplinario que puede dialogar con instituciones internacionales y organismos multilaterales (Pérez, 2016).

Un componente adicional que permite generar un contraste es la dimensión epistemológica en ambas propuestas. El ecologismo político de Girardi se basa en una epistemología crítica y contraria a la hegemonía, que está arraigada en la experiencia histórica de las comunidades indígenas y en el pensamiento decolonial. Por otro lado, la ecología integral intenta crear un lenguaje de carácter universal que facilite la conexión entre el conocimiento científico, la tradición teológica y la ética actual en un marco integrador. Esta distinción manifiesta la tensión entre visiones localizadas, que enfatizan las voces de los pueblos que están en desventaja, y enfoques de carácter universal, que aspiran a influir en la política y la cultura global desde una base común.

En conclusión, se puede decir que el ecologismo político y la ecología integral son métodos que se complementan en lugar de ser adversos. El primero proporciona una crítica profunda al sistema económico y valora las visiones del mundo indígenas como una opción civilizatoria, mientras que el segundo presenta un marco regulador y pastoral que puede influir en las discusiones institucionales y en las políticas públicas a nivel global. Su unión se fundamenta en la creencia de que la crisis ambiental está ligada a la crisis social y cultural, y que solo a través de una transformación completa en lo ético, lo político y lo espiritual se podrá asegurar la sostenibilidad de la vida en la Tierra.

Conclusiones

La comparación entre el ecologismo político de Girardi y la ecología integral presentada en Laudato Si' lleva a la conclusión de que ambos enfoques ofrecen respuestas críticas y complementarias a la crisis medioambiental y social actual. Ambos coinciden en que los desafíos ecológicos son de naturaleza estructural más que técnica, y que para poder solucionarlos es necesaria una transformación significativa de los actuales modelos económicos, políticos y culturales.

Desde un punto de vista ético, las dos posturas enfatizan la responsabilidad hacia las futuras generaciones y la urgencia de promover una ética del cuidado. Mientras que Girardi (1994) critica el ecogenocidio como consecuencia de la depredación propia del capitalismo, Francisco (2015) recalca que la Tierra es un patrimonio que debe ser legado en condiciones apropiadas para habitar. En ambos enfoques, la ética se entiende como un compromiso hacia la vida y la dignidad de las generaciones presentes y venideras.

Las conclusiones sociales de ambos enfoques son similares. El ecologismo político y la ecología integral destacan que la injusticia ambiental está profundamente relacionada con la injusticia social. La crisis ecológica impacta más severamente en los grupos más desfavorecidos, como comunidades rurales, pueblos originarios y personas en el Sur global (Martínez Alier, 2019). Esta observación fortalece la noción de que proteger la naturaleza es fundamental para la protección de los derechos humanos.

En el ámbito político, las perspectivas varían en sus métodos, aunque coinciden en la necesidad urgente de transformaciones estructurales. Girardi sugiere que la autogestión colaborativa de las comunidades es el camino para enfrentar el ecogenocidio, mientras que Francisco destaca la importancia de reforzar la gobernanza mundial a través de compromisos

internacionales obligatorios y políticas públicas centradas en el bienestar colectivo (Gudynas, 2016). Ambos están de acuerdo en que las soluciones temporales o voluntaristas no son apropiadas dadas las dimensiones de la crisis.

El ámbito cultural y espiritual representa otro aspecto clave de unión. Girardi enfatiza la importancia de las visiones del mundo de los pueblos originarios, quienes ven a la naturaleza como un todo sagrado y vivo. Por su parte, la ecología integral fomenta una transformación ecológica que cambie las percepciones culturales de consumismo y apatía. Ambas perspectivas señalan que no son suficientes las regulaciones o el avance tecnológico; se necesita una transformación civilizacional que restablezca una conexión armónica entre el ser humano y el entorno natural (Boff, 2017).

La educación se configura como un eje transversal en este horizonte de transformación. A través de la pedagogía crítica y de la educación ecológica basada en Laudato Si', se impulsa la creación de individuos reflexivos, responsables y solidarios, que puedan integrar conocimientos científicos, éticos y espirituales. La relación entre generaciones y la comunicación entre perspectivas indígenas y saberes académicos son condiciones esenciales para desarrollar una conciencia ecológica completa.

En lo que respecta a la proyección, la ecología integral y el ecologismo político se alinean para presentar visiones diferentes al modelo de crecimiento sin fin. Mientras Girardi pone énfasis en formar alianzas internacionales entre las comunidades para combatir el extractivismo, Francisco sugiere un enfoque que une ciencia, política y espiritualidad dentro de un esfuerzo global por la sostenibilidad. Ambas visiones ofrecen elementos clave para avanzar hacia sociedades que sean más equitativas, solidarias y responsables con el medio ambiente.

En resumen, la ecología integral y el ecologismo político coinciden en su análisis de la crisis actual y en su llamada a un cambio profundo, aunque varían en sus orígenes y métodos. Esta complementariedad crea una oportunidad valiosa para desarrollar un enfoque transformador que una la crítica profunda al capitalismo con el fomento de una ética del cuidado y de una espiritualidad de interconexión. Así, se refuerza la creencia de que cuidar nuestro hogar compartido es una responsabilidad civilizatoria esencial para asegurar un futuro digno y habitable para todas las formas de vida.

Referencias

Boff, L. (2017). *Ecología: Grito de la Tierra, grito de los pobres*. Trotta.

Caride, J. A., & Meira, P. A. (1998). Educación ambiental y desarrollo: La sustentabilidad y lo comunitario como alternativas. *Pedagogía Social. Revista Interuniversitaria, 2*, 7–30. https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/2714228.pdf

Fernández, B., & Jara, O. (Eds.). (2013). *Giulio Girardi y la refundación de la esperanza*. Consejo de Educación Popular de América Latina (CEAAL). https://www.amistrada.net/S/S-libr/S-libr-Girardirefund.pdf

Francisco. (2015). *Carta encíclica Laudato si' sobre el cuidado de la casa común*. Libreria Editrice Vaticana. https://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html

Girardi, G. (1994). Capitalismo, ecocidio, genocidio: El clamor de los pueblos indígenas. *Realidad. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades, 41*, 669–698. https://doi.org/10.5377/realidad.v0i41.5208

Girardi, G. (1996). *El derecho indígena a la autodeterminación política y religiosa*. Abya Yala.

Girardi, G. (2004). *Teología de la liberación y refundación de la esperanza*. El Viejo Topo.

Girardi, G. (2014). Pueblos indígenas, ecologismo político y religión. *Papeles de Relaciones Ecosociales y Cambio Global.* Icaria Editorial/FUHEM.

Gudynas, E. (2014). *Derechos de la naturaleza: Ética biocéntrica y políticas ambientales.* Red Peruana por una Globalización con Equidad. https://gudynas.com/wp-content/uploads/GudynasDerechosNaturalezaLima14r.pdf

Jonas, H. (1995). *El principio de responsabilidad: Ensayo de una ética para la civilización tecnológica.* Herder.

Latouche, S. (2009). *Pequeño tratado del decrecimiento sereno.* Icaria Editorial.

Martínez Alier, J. (2021). *El ecologismo de los pobres: Conflictos ambientales y lenguajes de valoración.* Icaria Editorial.

Meadows, D. H., Meadows, D. L., Randers, J., & Behrens, W. W. (1972). *Los límites del crecimiento.* Fondo de Cultura Económica.

Pérez, B. (2016). Ecología integral. Una lectura de ***Laudato si'*** desde el capitalismo neoliberal. *Miscelánea Comillas, 74*(145). https://revistas.comillas.edu/miscelaneacomillas/es/article/view/7671/7492

Rockström, J., Steffen, W., Noone, K., Persson, Å., Chapin, F. S., Lambin, E. F., Lenton, T. M., Scheffer, M., Folke, C., Schellnhuber, H. J., Nykvist, B., de Wit, C. A., Hughes, T., van der Leeuw, S., Rodhe, H., Sörlin, S., Snyder, P. K., Costanza, R., Svedin, U., ... Foley, J. A. (2009). A safe operating space for humanity. *Nature, 461*(7263), 472–475. https://doi.org/10.1038/461472a

Sachs, J. D. (2015). *The age of sustainable development.* Columbia University Press.